

**CONFERENCIA EN LA CLAUSURA DEL 125 ANIVERSARIO
DEL COLEGIO DE SAN JOSÉ DE VILLAFRANCA DE LOS BARROS**

FERNANDO GARCÍA DE CORTÁZAR
Catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad de Deusto



Si como dijo un escritor del siglo XVIII el agradecimiento es la memoria del corazón, debo reconocer que el mío, como un ordenador del siglo XXI tiene muchísimas unidades de memoria. No sólo las suficientes para agradecer a los Rectores de este centenario Colegio, Rafael Mateos y Pedro Armada el que me hayan concedido el honor de participar en esta ceremonia de clausura sino aquellas que me harán degustar siempre en el recuerdo la emoción de este encuentro, al amparo de las hermosas tierras de Extremadura, que yo aprendí a amar desde niño.

Un historiador jesuita toma la palabra para despedir la conmemoración de los 125 años del Colegio de San José. Aunque sea arrimar el ascua a mi sardina debo reconocer que el historiador formado como un perito en sociedades, experto en grupos humanos, en movimientos políticos, en variaciones económicas y en aspiraciones sociales que conoce bien

la evolución del pensamiento y de las esperanzas humanas a través del tiempo está preparado, por tanto, para reivindicar la verdadera función de la Historia: subvertir el presente para hacerlo más favorable y positivo para todos. En este objetivo de mejorar el mundo se da la mano con la educación y con ella se complementa.

Nuestra cultura se edificó sobre el lenguaje, sobre nuestra capacidad para narrar los acontecimientos, para definir los conceptos, para pronunciar nuestros sentimientos. Nuestra cultura se edificó sobre el idioma español, que reverdece todos los días en las bocas de seiscientos millones de hablantes, el mismo que iluminó los versos de Dámaso Alonso "hermanos en mi lengua, qué tesoro/nuestra heredad –oh amor, oh poesía-esta lengua que hablamos –oh belleza-!

Y tenemos que seguir dando la razón a san Juan: *In principio erat verbum*. Todo comenzó por la palabra. También el desbarajuste cultural y la quiebra de valores impuesta por nuestra crisis. Como hemos consumido, una a una, las reservas de nuestro lenguaje, hemos llegado a lo más hondo de la crisis sin palabras significativas que orienten nuestro conocimiento. Ni siquiera estamos de acuerdo en cómo referirnos a nuestros problemas. Se le quita el nombre a España y se la somete a la vejación de llamarla Estado Español. El terrorismo exigió, durante un tiempo, llamarse conflicto vasco. La impugnación de la unidad constitucional de España, soberanía popular. El clientelismo electoralista, defensa de los ciudadanos. La indiferencia moral, laicismo progresista. La desnacionalización de la cultura, respeto a la diversidad. El desprecio por el mérito, igualdad de oportunidades. La renuncia a la complejidad intelectual, respeto a la audiencia. La destrucción de la enseñanza, pedagogía. Por no hablar de la batalla feminista contra la Real Academia que opina que ese tipo de desdoblamiento de ciudadanos y ciudadanas, guarros y guarras —así nos llamó el nacionalista diputado general de Vizcaya a los manifestantes del Foro de Ermua—, muertos y muertas es artificioso e innecesario desde el punto de vista lingüístico. Y recuerda que se debe emplear el masculino genérico, que es inclusivo, una especie de género neutro que abarca los dos sexos. A quienes sabemos en qué desembocaron propuestas anteriores que también empezaron por burlarse del lenguaje vetusto, por marginar la prudencia aprendida y por mancillar el culto a las ideas no nos van a engañar.

En octubre de 2001, al recibir el Premio de la Paz en Fráncfort, Jürgen Habermas hizo referencia a la actitud con la que un intelectual debe orientarse en el grave desorden moral de nuestro tiempo. Con una mirada limpia, carente de la irritada debilidad del sectarismo y ajena a la pomposa autocompasión de la intolerancia, el filósofo alemán contemplaba a las víctimas de las grandes catástrofes totalitarias del siglo XX y a las que acababan de sufrir a manos del fundamentalismo islámico en el atentado del 11 de septiembre. Habermas exigía ante tales acontecimientos una sensibilidad distinta a la que han invocado los excesos de la secularización. La pérdida de una expectativa de redención, el carácter definitivo de la muerte, la condena de la experiencia a un pasado irreparable, no podían verse ya como situaciones satisfactorias resultantes del triunfo de un mundo que, como resultado feliz del progreso, había dado la espalda a sus raíces religiosas. Por el contrario, había de considerarse

hasta qué punto podía inquietar el vacío dejado en el corazón del hombre por la ausencia de una idea de eternidad, de salvación personal, de sentido último de la existencia del individuo y de fundamento moral de las relaciones sociales.

A quienes somos creyentes y a quienes consideran, sea cual fuere su posición ante los dogmas de la Iglesia católica, que el cristianismo es un hilo conductor indispensable en la formación de nuestros valores, corresponde indicar que hay que dar respuesta a ese “vacío del corazón del hombre” que Habermas lamentaba en las condiciones ideológicas de nuestro tiempo y que, en buena medida, es el resultado de algo más que de la pérdida de la fe religiosa. Es el olvido de unos principios que han inspirado la conciencia de Occidente y han ofrecido identidad a nuestra civilización a lo largo de dos mil años. No es sólo el abandono del pasado, es la pura y simple renuncia a una tradición que nos da significado y que nos permite comprendernos como experiencia sostenida a lo largo de la historia. Es el rechazo a formar parte de un largo aliento espiritual, sobre el que se han construido los derechos de todos, la dignidad inviolable de cada persona, la integridad de cada vida humana, la libertad como condición esencial del hombre y de la mujer, las limitaciones objetivas del poder y las garantías últimas de nuestra seguridad ciudadana. El cristianismo es, para muchos de nosotros, una creencia religiosa. Pero, para muchos agnósticos que desean revertir la abdicación moral de nuestra época y llenar el inmenso hueco intelectual en que nos encontramos, el cristianismo es un orden de valores en los que se ha ido asentando el carácter de nuestra civilización.

El drama del cristianismo de nuestro tiempo no es la agresión que el descreimiento pueda ejercer, como ha venido haciendo desde el principio mismo de nuestra historia. El problema radical se encuentra en otra parte. Se encuentra en la desquiciada conducta de quienes, atemorizados ante las campañas de sus adversarios, han llegado a aceptar que los preceptos morales son un aspecto reservado a la conciencia individual. Se encuentra en la disposición de una mayoría de cristianos a despojarse de sus creencias en cuanto se acaban las horas de liturgia, e incluso a aceptar que la sociedad actual solamente puede hacer uso adecuado de la libertad a condición de desplazar el cristianismo a la esfera de la privacidad. Aquí no estamos ante la normal y lógica exigencia de que los cristianos respeten las opiniones de los no creyentes.

Aquí estamos ante una asombrosa, gratuita y perversa retirada del debate intelectual de nuestro tiempo, al afirmar que la fe cristiana no debe proponer soluciones concretas a los problemas de la actualidad, que no debe opinar sobre cuestiones que afectan al valor de la vida humana, a la dignidad exigible de las personas en la búsqueda de su legítimo bienestar, o a los derechos que el individuo posee ante una destrucción de opciones morales que puede llegar a privarle de la posibilidad misma de elegir el tipo de existencia que desea. ¿Se pretende que nada digamos, desde nuestras convicciones cristianas precisamente, acerca del asalto al concepto mismo de libertad y de respeto a la vida que supone la defensa del aborto? ¿Se pretende que cerremos los ojos, nosotros los cristianos, ante la desigualdad creciente y las condiciones de miseria que vulneran la capacidad de realización del ser humano? ¿Se

cree que vamos a callarnos, como cristianos justamente, cuando se aniquilan los recursos culturales que albergan los valores que inspiraron la cultura de mayor brío humanista que ha conocido el mundo?

Charles Péguy, un hombre tan imprescindible como olvidado entre quienes se enfrentaron hace cien años a la primera de las grandes crisis contemporáneas, solía comentar ante sus compañeros: “Esos católicos, ¡si supieran lo que tienen...!”. En estos tiempos en que nuestra sociedad delata su fragilidad esencial y su falta de respuestas, me pregunto si las palabras de Péguy no sólo mantienen su vigencia, sino que parecen haber agravado su sentido. La crisis de nuestra fe no radica en la pérdida de nuestras creencias fundamentales, sino más bien, en haber olvidado que el cristianismo no se reduce a un mero testimonio. Es una presencia dotada de respuestas.

No hemos perdido la fe, pero hemos debilitado nuestra confianza. No calibramos nuestra propia fuerza, posiblemente por un complejo de inferioridad ante el mundo moderno, por un sentimiento de culpa ante los errores graves de la Iglesia, por una intolerable timidez ante las exigencias de la evangelización. Todos estos factores han provocado que en nuestras filas cunda el relativismo o la dejación de nuestro compromiso radical con la historia, reduciéndolo a ser una voz más, entre muchas otras dispuestas a denunciar las alarmantes agresiones a la dignidad de los hombres.

La educación recibida en centros como el Colegio de San José nos enseñó que el cristianismo hizo del creyente un ser dispuesto a la sabiduría, a la razón y a la inteligencia, y evitó el servilismo asustado de los fieles de alma inerte o la aterrada sumisión a deidades implacables. El cristianismo exigió a los hombres y mujeres su compromiso valiente, su libertad creadora, su impulso generador. No hubo obra artística, fantasía de la imaginación o festín de la belleza que no se inspirara en los valores de nuestra religión. No hubo tampoco —y quizás en ello habrá que poner especial énfasis— declaración de derechos, exigencia del respeto a la dignidad del ser humano, ejercicio de la solidaridad e invocación a la condición fraternal de la existencia, que no tuviera su origen en la tradición cristiana. A quienes levantaron banderas de emancipación solo se les ocurrió hacerlo porque sobre su infancia y su adolescencia había brillado esa inspiración constante, convertida en atmósfera de valores asumidos. En cada reivindicación relucía una secuela de nuestro pasado. En cada rebeldía estaba impresa la experiencia del Evangelio. En cada gesto para librar al hombre de los tiranos, en cada voz de escándalo y grito de protesta alzaba su palabra el nombre de Jesús.

Me temo que en este tiempo de insoportable levedad del ser, de desnudez ideológica, de desarme de principios y de ofuscación de valores, no se esté encontrando el consuelo de nuestra palabra de creyentes ni la energía de nuestra ejemplaridad de cristianos obligados al compromiso con el prójimo. Este compromiso no nos pide solamente dar consuelo a quienes sufren. Nos demanda, además, un liderazgo moral, una orientación del camino a seguir para la redención del hombre. Vivir como cristianos es vivir a conciencia, en carne viva, en continua reivindicación de lo que es el hombre, en combate permanente por la dignidad de

todos, en llamada incansable al ejercicio responsable de la libertad y de la justicia social. Y este es el programa de un centro educativo como nuestro Colegio de San José.

La Historia nos lo recuerda Walter Benjamin no es lo que suponemos sucedió en el pasado sino lo que brilla en un instante de peligro. Desde un momento de peligro, brilla también la conciencia de una civilización que supimos construir en los momentos más sombríos del siglo XX. Una civilización que sólo se respeta a sí misma porque da validez al pensamiento, porque distingue entre convicción y fanatismo, porque es capaz de invocar una verdad. En España, como en el resto del mundo desarrollado, la posmodernidad ha dejado su huella en el relativismo moral, la pérdida del sentido de la universalidad cristiana, la sociedad del espectáculo, el combate de la estética contra la ética y la destrucción de las convicciones.

El que Camus llamó siglo del miedo proyectó sobre las generaciones posteriores a la barbarie fascista y estalinista un sano recelo ante el radicalismo político y un comprensible temor a ideologías que justificaban el desprecio a la libertad individual y el envilecimiento de las sociedades bajo liderazgos mesiánicos y regímenes totalitarios. La reconstrucción de Europa quiso hacerse sobre la defensa de la libertad personal frente a la razón de Estado, sobre la prudencia política frente al desdichado prestigio del heroísmo trágico. La rectitud moral fue más importante que la impresión estética para poner las bases de nuestra convivencia. El respeto a la vida y a la dignidad de los otros se convirtió en algo más que una norma. Era un modo de vivir que había aprendido la dura lección de la tiranía y el dogmatismo.

España no sólo vive o ha vivido un devastador ciclo de penalidades económicas. Hay algo más grave. En ninguna parte como en España se ha sufrido con tal profundidad el agotamiento de referencias culturales, la carencia de sentido ético en la vida social, la aspiración al medro, la picaresca en la promoción, la relajación de nuestra rectitud moral. Es el momento de lamentar pero también de enmendar la ausencia de los valores cívicos que deben sustentar la convivencia de los españoles y la fortaleza de España, entre los que se encuentran la defensa del mérito, el culto al trabajo, la austeridad, la solidaridad entre individuos, clases y territorios, la lucha contra el arcaísmo nacionalista, la cohesión de una sociedad basada en las ideas propias de las democracias parlamentarias occidentales y de una civilización de raíz cristiana, aunque de cultura laica.

Además y tristemente España carece hoy de una mirada ,capaz de dotar de sentido histórico a lo que nos ocurre, de insertar nuestras vicisitudes en una memoria nacional, donde el recuerdo de aquellas ocasiones en las que hemos sabido salir adelante nos proporcionen una esperanza bien fundada de recuperación . Lo que tenemos que dilucidar, en primer lugar es si aceptamos, con los brazos caídos y la mirada a ras de tierra, esa decisión posmoderna de renunciar a nuestra densidad espiritual, ese particular desdén de lo que nos ha dado proyección universal, y esa curiosa manera de ser la única cultura que olvida sus raíces. Digámoslo una vez más: somos el resultado de un largo proceso constituyente de una civilización en cuyo forjado se han sintetizado las aportaciones clásicas de Grecia y Roma, el cristianismo, el humanismo renacentista, la Ilustración y la democracia alzada con los principios de 1789 entre sus manos.

En España como en otros países —pensemos en nuestra vecina Francia— se ha desplegado una policía del pensamiento que se ejerce inflexible sobre la sociedad y que la sufren y la transmiten también los partidos centrales de nuestra democracia. Diariamente tenemos ejemplos de cómo esta policía del pensamiento impide al momento el debate de ideas que exige una sana democracia. Estos árbitros de la autenticidad suelen ser muy exitosos en su propaganda. A quien se atreva a opinar sobre la conveniencia y supuestos de la inmigración, los policías del pensamiento le llamarán inmediatamente xenófobo; integrista o clerical al que no acepta las paranoias del trasnochado anticlericalismo, de ese zafio laicismo que más que luchar contra los pretendidos privilegios de la Iglesia, lo hace contra los valores de un humanismo. Al que no reconozca el omnímodo derecho de la mujer a hacer lo que quiera con su embarazo, le caerá el dicterio de machista; no se puede hablar de la autoridad del profesor en el aula sin que te llamen fascista o que se pondere la necesidad de evaluar el mérito sin ganar el apelativo de reaccionario o elitista. Los policías del pensamiento dedican duros epítetos —les llaman homófobos— a los que se atreven a contradecirles en sus singulares percepciones de la identidad de género.

Todo ello ha podido ocurrir en una España que confunde el relativismo con la capacidad de diálogo. Lo que se ha llegado a imponer es que nada hay verdadero, nada que valga la pena conservar, que ninguna referencia ética debe considerarse permanente, ni ningún signo de civilización invulnerable. Quieren hacernos creer que ninguna tradición es realidad viva entre nosotros, ni ningún rasgo identificador de una cultura fundamento de nuestra existencia. Lo que hay es un vacío al que se arrojan opiniones escépticas, burlonas caricaturas y amargas ironías. Lo que hay es un retroceso inaudito de los elementos constituyentes de nuestra arquitectura moral. Lo que asoma en los pintorescos arrabales del debate público español es una inmensa oquedad convertida en nuestra forma de ser. Que no creamos en nada de lo que hasta hace poco considerábamos un patrimonio amasado en siglos de experiencia social. Que lo sustituyamos por un batiburrillo de excitaciones pasajeras, de imitaciones momentáneas, por un montón de curiosidades. Que perdamos nuestra personalidad labrada en el profundo cauce de la historia, y la cambiemos por una máscara de guateque multicultural en la que no saber quiénes somos parece un signo distintivo de estar a la altura de los tiempos. Como si la madurez de una nación consistiera en averiguar qué es lo que hemos dejado de ser, qué creencias hemos superado para siempre.

Pura paradoja! Hablan continuamente de diálogo los que están empeñados en que no haya debate alguno para lograr así imponer sus ideas. Acusan de incitar al odio a los que no piensan como ellos y lo hacen con un descaro y desparpajo sin límites y una verborrea muy agresiva para consumo de ingenuos e ignorantes. Más allá de su lucha por hacerse con el poder, estos policías del pensamiento, esta casta de laboratorio académico mal esterilizado, esta oligarquía invasiva ha emprendido una verdadera cruzada contra nuestra tradición cultural. Por ello muchas de sus actuaciones —por ejemplo su obsesión por despojar de titularidad eclesiástica a templos y catedrales— tienen la envergadura de un auto de fe, la dimensión del proceso abierto contra una civilización, cuya textura moral quiere arrancarse del significado de la historia.

En este invierno de nuestro descontento, deberemos recordar el modo en que, durante años, se ha abucheado cualquier asomo de rectitud moral, de reflexión sobre la elección entre el bien y el mal, de ejercicio auténtico de la libertad y de sanción de su uso. Es preciso que recordemos la manera en que la apasionante experiencia de vivir se ha convertido en un mero dejarse llevar por la lógica de un mundo sin raíces humanistas y sin compromiso con el valor social de la propia existencia. Es preciso volver a señalar de qué modo se ha confundido la cultura con la evasión, y la expresión “matar el tiempo” ha reflejado abiertamente la negativa a “hacerlo vivir” mientras el ocio se travestía de anestésico y quedaba abolida la admiración por la inteligencia y la exigencia de responsabilidad.

Cuando, ante las ruinas de Auschwitz, ante la mezcla más obscena de modernidad y barbarie que se ha conocido en la historia, las voces desconcertadas de las víctimas preguntaron: “¿dónde está Dios?”, pudo responderse, más tarde, con una severidad pertinente: “¿y el hombre, dónde estuvo?” Ante la estación terminal del totalitarismo, ante la consumación de las extravagancias de la razón instrumental, el silencio de Dios carecía de sentido sin plantearse previamente la responsabilidad del hombre. A nosotros corresponde preguntarnos no sólo dónde estuvo el hombre, sino, con mayor rotundidad, dónde estuvo el hombre perfilado en su carácter por la asimilación del mensaje de Cristo, el hombre al que una cultura de dos mil años había dado forma, significado, criterio moral y sentido de la civilización. Dónde estaba el hombre cristiano cuando sólo el encuentro con esa sustancia cultural y esa concepción del ser humano podía permitir sentar las bases de una resistencia. Dónde estuvo cuando, también sobre esas bases, nos correspondió ofrecer la materia de la reconstrucción moral de la posguerra.

En la conferencia de Yalta, celebrada entre las naciones ganadoras de la II Guerra Mundial preguntaba Stalin a Roosevelt por las divisiones con que contaba el Vaticano para imponer sus criterios políticos a los triunfadores de la contienda. Años después en 1953, al conocer Pío XII la muerte del líder soviético exclamaría: “Ahora que ha muerto podrá saber Stalin cuántas divisiones tenemos allá arriba”.

Hoy me puede dar una cierta tranquilidad el saber que la Iglesia a la que pertenecemos tenga muchísimas acciones en el cielo pero en nuestro presente más gris y paradójico preferiría estar seguro de que nuestro pretendido servicio al hombre, de nuestra entrega a la humanidad se insertan plenamente en un mundo que con la trágica experiencia del siglo XX es más consciente de su indigencia y sigue inspirado páginas llenas de piedad y humanismo. Alguien tan al cabo de todo desengaño pero también tan perseverante en la lucha como el poeta Neruda se conformaba al término de su vida con “vivir en un mundo en el que los seres sean solamente humanos sin más títulos”. Esa humanidad que le ha faltado al mundo en su currículo pertenece, sin embargo, a él.

La Compañía de Jesús —y esto aparece bien claro en la Ratio studiorum— intentó que los jesuitas hiciéramos en nuestras vidas una simbiosis de religión y cultura. Difícil matrimonio puesto que cuando el hombre llega a la madurez y toma conciencia de su poder y grandeza, la cultura muchas veces se hace militante, se diviniza a sí mismo y en el mismo instante, Dios se

convierte en una amenaza. Por ello la misión profética del cristianismo es denunciar los nuevos ídolos, los falsos absolutos que se levantan, incluidos los absolutos culturales o políticos. Aquellos que buscamos a un Dios no amenazante sino a un Dios incrustado en el corazón del hombre debemos saber que muchos de los problemas que alarman a las sociedades actuales revelan también un profundo malestar moral. Y es ahí donde debemos coincidir con un mundo en el que no podemos caer bajo sospecha de inutilidad social.

Hablamos mucho de moral y a veces la palabra aparece vacía de contenidos o de perfiles confusos. Moral es la aspiración a construir una sociedad armónica y estable, regida por la ética del trabajo y del esfuerzo individual. Moral es la aspiración de crear una sociedad capaz de garantizar el bienestar, la justicia y la equidad. Moral es la voluntad de afirmar la libertad y los derechos individuales que la historia —a la cual en su doctrina no es ajena la Iglesia pero sí en la práctica— viene empujando desde hace siglos. Convendría releer sin confesionalismos manipuladores al dominico Vitoria y al jesuita Suarez, adelantándose a las teorías sobre la libertad de la Ilustración europea. Moral igualmente es la voluntad de conciliar la libertad individual en el ámbito de la conducta privada con el orden colectivo, de lograr que las conductas públicas se gobiernen por los valores del respeto a los demás y la honestidad. Moral es la denuncia del mal. Y el mal se llama intolerancia, el mal se llama menosprecio de la vida y de la libertad, el mal se llama fanatismo, el mal se llama devaluación de las palabras, el mal se llama vacuidad de los principios de ese espacio deshabitado de convicciones de aquellos que siempre reman a favor del viento... Porque ya sabemos que la tiranía totalitaria no se edifica sobre las virtudes inexistentes de los totalitarios, sino sobre la molicie, sobre la tibieza, la pusilanimidad y la equidistancia de los demócratas. Tolerar la barbarie es, al final, otra forma de barbarie.

Muchas veces nuestro compromiso con el hombre nos supondrá nadar en contra de la corriente, que suele ser nadar a favor de la razón. Un cardenal inglés que hasta tarde no fue católico decía lo que yo quiero deciros... que no sólo hay que sufrir por la Iglesia sino que también a la Iglesia hay que sufrirla. Hoy pido a Dios que no nos venza nada parecido a la desesperación aunque la falta de ilusión sea a veces también la incapacidad para dejarse engañar por los ilusionistas, la inmunidad a los atractivos de la devaluación de los principios. Lo dijo Dios nuestro Señor y no vamos a enmendarle la plana: “A los tibios los vomitaré de mi boca”. Claro que para el tibio, Dios sería un extremista peligroso, un aguafiestas que le amarga los beneficios que él obtiene de su tibieza, un exagerado que saca las cosas de quicio. Ese Dios es un fanático de la verdad y la justicia y el tibio ha oído que la virtud está en el medio y decide que el lugar que debe ocupar es precisamente un centro privilegiado. Desde él, naturalmente, sitúa a los demás en los extremos opuestos y no hace falta decir que esa pasión por el término medio le lleva al tibio al extremo de la mediocridad, a la medianía más depurada, a la equidistancia que es tantas veces aberrancia.

Hay un verso de Dante en La Divina Comedia que a mí me impresionó muchísimo cuando lo leí <<y también a los ángeles neutrales, precipitó Miguel en los infiernos>>. Al principio, no lo entendí pero luego en una edición anotada de La Divina Comedia me encontré que había una

leyenda medieval en la que, por lo visto, el día de la lucha entre el arcángel Miguel y Satán no hubo sólo dos grupos de ángeles, hubo tres. Aparte de los que estaban con Dios, hubo los que estaban con Satán, y los neutrales. Un grupo de ángeles que cuando vieron que las tropas de Miguel se pegaban con las tropas de Satán se sentaron en un bordillo de las aceras del cielo y dijeron: <<a esperar, a ver quién gana>>; ¿qué gana Satán? con Satán; ¿qué gana Miguel? con Miguel. Y Dante apostilla que el arcángel Miguel, después de echar al infierno a los ángeles malos, echó también al infierno a los ángeles neutrales. No sé si se referiría a los escritores a los historiadores o a los políticos.

En la tragedia *Antígona*, de tanta actualidad, el rey de Tebas le pregunta a la heroína cuando entregaba su vida a cambio de respetar leyes más altas que las de los gobernantes terrenales “¿No te preocupa no pensar como todo el mundo?”. Creyendo siempre que la verdad, esa creencia en lo que somos íntimamente como seres libres, no nos pertenece sino que sólo podemos realizarla a través del compromiso con los demás, me produce íntima alegría pensar en las palabras de Jesús: Quien me confesare ante los hombres yo le confesaré ante mi Padre que está en los cielos. Compartir la pena, los sufrimientos y las dudas de la humanidad es tarea de los docentes, laicos o religiosos que quieren ante todo ser testigos y pregoneros de la capacidad de perfeccionamiento del hombre y de la regeneración y mejora del mundo.

Albert Schweitzer, probablemente el Premio Nobel de la Paz más merecido de la historia de estos penosos premios escribió: Con veinte años todos tienen el rostro que Dios les ha dado; con cuarenta el rostro que les ha dado la vida y a partir de sesenta el que se merecen. Estoy seguro de que todos los alumnos que han desbordado las aulas de este colegio San José hayan labrado su rostro con el empuje del humanismo, la rectitud moral de la lección recibida y el compromiso de defensa de un orden cultural amenazado por hoy el nihilismo. Con una conmemoración como la que hoy clausuramos puede arrancar la reconquista de lo que fue nuestro. Este es el espacio moral en el que deberíamos iniciar una larga y dolorosa tarea de reconstrucción. No desde una dogmática integrista. Ni siquiera desde la exigencia de una fe personal, sino desde la demanda de que todo el humanismo vertebrado con la tradición católica vuelva a ser esa referencia cultural que nos define, que nos ofrece la edad de una cultura y la madurez de una civilización. En el recuerdo de lo que el Colegio de San José nos entregó durante tantos años, en la memoria de un esfuerzo de perfección, en el miedo a despojarnos de una preciosa herencia aquí recibida encontramos razonamientos suficientes como para abandonar nuestra resignada desidia y ponernos en marcha.

Si Gabriel Celaya pudo escribir «maldigo la poesía concebida como un lujo cultural por los neutrales... maldigo la poesía de quien no toma partido hasta mancharse», hoy pedimos a la Historia y al universo educativo que con su capacidad para desenmascarar falsos enunciados y turbias plegarias nos ayude a denunciar las imposturas los abusos y apañes de la vida pública y a sacar los colores a nuestros policías del pensamiento que consideran, como escribía Larra, que es más fácil negar las cosas que enterarse de ellas. A nosotros nos enseñaron a colocar en primer plano los valores de la razón y la generosidad y seguiremos soñando con una revolución ética que ponga de moda y legalice el pensamiento recio, la firmeza en las

convicciones, la conciencia de una civilización, el pulso moral para seguir remando en la travesía iniciada en las aulas de este Colegio .

Feliz conmemoración del 125 aniversario del momento en que la palabra se hizo carne en Villafranca de los Barros, se hizo ilusión en la capacidad transformadora del aprendizaje, se hizo esperanza en las posibilidades de avance y mejora que la humanidad siempre está acariciando con los dedos. Vivimos tiempos preñados de peligro. Tiempos de ausencia de vida verdadera, de falta de proyección, de ramplonería de ingenio. Buscad vosotros la autenticidad en vuestro legado de cultura y ejemplaridad, de rectitud y excelencia. Hoy aspiramos a una sociedad que nos haga más libres e iguales pero no más pobres. Habréis de defender la igualdad por arriba no por abajo, habréis de tratar de que nos encontremos unidos todos en las estrellas no en los charcos. Sólo así podrá salvarse esta época, ardua para la fraternidad, ardua para la cultura, ardua para la belleza, ardua para la supervivencia de cuanto amamos ahora y desde el principio hemos amado.